

Reciclaje



No tengo el Placer

Sergio Algora
Xordica Editorial
144 páginas
13 euros
Zaragoza, 2009

Socorrismo

Antonio Luque
Alpha Decay
104 páginas
8 euros
Barcelona, 2009

¿Y si pongo una palabra?

Antonio Vega
Demipage
92 páginas
15 euros
Madrid, 2009

Antonio Vega, a la izquierda, del que se ha publicado recientemente su discografía completa. Y Antonio Luque, a la derecha



Músicos (pop) que escriben Aparecen sendos libros de conocidos músicos como Antonio Luque (Señor Chinarro), y de los fallecidos Sergio Algora (El Niño Gusano) y, quizá el más conocido, Antonio Vega

Y la canción se hizo poesía

PERE GUIXÀ

Decía Nick Cave –en la presentación de la novela *La muerte de Bunny Munro*– que, pese a llevar veinte años publicando narrativa con cierta regularidad, notaba siempre un acercamiento laxo, un poco indulgente, de la crítica estrictamente literaria. A estas alturas no se debería recelar de la interrelación de ambas artes, pero no cabe duda de que en la lectura que se hace de lo que escriben los músicos no es fácil deslindar la escritura de lo que muestran sus canciones.

¿Y si pongo una palabra? (editorial Demipage) es el libro que el músico y compositor Antonio Vega ultimaba cuando falleció. Reúne veintisiete canciones que realizan su lado más lírico. Los textos están dispuestos en caligramas, género literario visual que, a pesar de su apariencia vanguardista, en esta edición –sobria y selecta– recobra su halo clásico. La compilación, a cargo del editor David Villanueva, es exhaustiva, rigurosamente cronológica y recorre desde temas de su primer disco con Nacha Pop (como la canción *El circo*) hasta su último álbum, *3.000 noches con Marga* (la pieza *Pueblos blancos*). Sin duda este coqueto libro es un complemento notable a las recién editadas obras completas de Antonio Vega.

Durante una época, hubo la ma-

nía de ensalzar a rockeros españoles como poetas. El prólogo de *¿Y si pongo una palabra?*, firmado por Benjamín Prado, devuelve las cosas a su sitio, pues puntualiza que estos versos, pese a la estilización que reciben con su disposición en caligramas, toman mayor sentido con el acompañamiento musical.

En músicos de generaciones posteriores a Vega, siempre ha habido un pudor a realizar su lado más poético; incluso se ha hecho no poco escarnio (quizás por respeto y

Más que una línea, es un muro el que suele separar la actividad literaria de los músicos de sus intentos de encontrar un lugar en la literatura

autoexigencia o quizás por poca fe en la propia obra). Antonio Luque es un caso claro. A veces hermético, otras arbitrario, siempre irónico, sus últimos discos han logrado la comunicación necesaria con un público fiel y su obra se ha hecho más solar sin perder calidad.

Luque acaba de publicar el libro *Socorrismo*, primera incursión en la literatura: dos cuentos en los que el uso extremadamente consciente del lenguaje tiende a la máxima expresividad. La historia es reconocible, aunque a menudo digresiva y descontrolada, llena de latiguillos populares, juegos de palabras,

costumbrismo mágico y guiños mediáticos, y muestra las habituales referencias entre infantiles y trebuchadas de este heredero del tipo que interpretaba el actor Will More en *Arrebato*. Frases –un ejemplo entre muchos– como “donde acaba el pueblo, él puso campos de fútbol” se suspenden entre el misterio de la frase por sí misma, el guiño a versos de sus canciones con Señor Chinarro y el vínculo con el armazón argumental, que existe y es de interés.

Hace poco decía Antonio Luque

que nada le gusta más que juntar canciones en su ordenador y que en sus casi veinte años editando discos ya había firmado 137. Pues bien: cuentos tiene ya tres; dos en *Socorrismo* y otro en la antología *Matar en Barcelona*, asimismo publicada en Alpha Decay.

Es póstumo también el libro de relatos *No tengo el placer*, de Sergio Algora (músico que formó parte de grupos capitales como El Niño Gusano, Muy Poca Gente y La Costa Brava). El descacharrante cuento *La música pop* explica en ocho páginas (de un modo que no alcanza un ensayo, de un modo

que no concreta una canción) qué elementos conjugaron la escena independiente musical española que creció en los años noventa. Su desenlace, amén de a las peregrinaciones al festival de Benicàssim, remite a aquellas suntuosas carrozas de fresa, matrimonios Arnolfini y grandes escarabajos de Europa que caracterizó el febril imaginario de El Niño Gusano.

Pero en el caso del zaragozano Algora sería injusto ver su libro (anteriormente ya había publicado el volumen de relatos *A los hombres de buena voluntad*) como un apéndice de su poderoso legado musical. Algunas tirrias personales (el cantautor Ismael Serrano o el futbolista Cristiano Ronaldo) ofrecen cuentos flojos, que ceden fácilmente a la broma átona (tanto de situación como verbal), pero algunos otros (como *En la edad de los tatuajes*, *La biografía* o *Lo último que escucho*) se deben leer con asombro, pues la exigencia del autor remite al cuento envasado al vacío que viene de Raymond Carver o Amy Hempel.

Son cuentos que agavillan en lo extraño cotidiano pero que miran de tú a tú a los personajes, que se adentran por situaciones menos insospechadas que verosímiles y que se frenan en seco (“como en el mejor tema de pop de tres minutos”, iba a escribir). |